

XILOCA 25
págs. 173-188
2000
ISSN: 0214-1175

POR LOS CAMINOS LITERARIOS DE EL CID CAMPEADOR

Francisco Lázaro Polo*

Resumen.— *Épica hispánica sobre El Cid Campeador. Como pensaba el historiador Antonio Ubieta, épica aragonesa escrita en tierras aragonesas, por un autor aragonés, o con más propiedad, en tierras turolenses y por autor turolense.*

Episodios literarios con base histórica: el inicio de la aventura del Cid en Aragón y su camino en tierras turolenses. Hoy, después de casi un milenio, el héroe sigue presente en su estatua a la entrada del Poyo del Cid, y en nombre geográficos que ya aparecen en la crónica medieval y que se conservan en la Provincia de Teruel.

Abstract.— *Hispanic epic about the Cid Campeador. As the historian Antonio Ubieta thought, Aragonese epic written in Aragonese lands, by an Aragonese, or, more properly, in lands of Teruel and by an author from Teruel.*

Literary episodes with historic basis: the beginning of the Cid's adventure in Aragon and his way through the lands of Teruel. Nowadays, after almost one millennium, the hero is still present in his statue in the entrance of El Poyo del Cid, and in geographic names that already appear in the medieval chronicle and are kept in the province of Teruel.

ESPEJO CIDIANO

La épica es un género literario en verso, aunque puede derivar en subgéneros en prosa. Tiene como finalidad cantar las hazañas de un héroe, paradigma y espejo en el que se mira toda una comunidad humana. Y es que toda comunidad humana, por

* Profesor de instituto.

pequeña que sea, ha poseído centauros, fantásticos dragones y las más impensables deificaciones que pueden imaginarse de innumerables fuerzas naturales.

La épica pretende explicar la identidad del ser humano y el mundo en el que éste se mueve. De hecho resulta imposible pensar en los griegos despojados de la ferocidad insaciable que destila la venganza de la *Iliada* o de la dolosa astucia que heredan del pragmático Odiseo. Increíble resulta, asimismo, que un esforzado finés no sueñe con las placenteras saunas de *El Kalevala* o que una fetichista sajón no se acueste cada noche con el anillo nibelungo prendido en alguno de sus dedos.

Camelot sigue, por su parte, albergando las dulces filias inglesas y Rolando nunca llegó a morir en Roncesvalles, aunque cuenten que doña Alda murió al contemplar su cadáver y que Carlomagno decidió, como pasara con los Amantes de Teruel o con los de Montalbán, enterrarlos juntos para siempre.

Los hindúes siguen luchando al lado de Rama en los paraísos de Ceilán, tratando de rescatar a Sita de las garras de Ravana. Y como no podía ser de otra manera, los hispanos, desde nuestro inconsciente colectivo, nos hemos visto cada mañana impelidos a mirarnos en el espejo cidiario en el que se impregnan la valentía, el honor, la diligencia de un buen padre de familia, la ternura, la creencia sistematizada y coherente de una religión transcendental y otras tantas cualidades a las que el carácter de los habitantes de la piel de toro nos tiene tan acostumbrados.

Así, pues, la épica hispánica forma parte de nuestra identidad. Aparece como fuente materna y milenaria en la que siempre saciamos nuestra sed; espejo en el que siempre miramos nuestras arrugas; oráculo que despeja y desempeña nuestras dudas. Y dentro de esa épica castellana. *El Cantar de Mio Cid*, a lo mejor, como pensaba don Antonio Ubieto, épica aragonesa, escrita en tierras aragonesas y por un autor aragonés, o, con más propiedad, diríamos que en tierras turolenses y por autor turolense.

Se olvidó Ramiro de Maeztu de añadir la figura de *El Cid* a las de *Don Quijote*, *Don Juan* y *La Celestina*. Todas ellas conforman el carácter hispano, ese patrimonio común con fuertes componentes aragoneses. Y, a la postre, la extensa superficie, anegada de experiencias, del inconsciente colectivo de todo un pueblo, el español, síntesis de todas sus regiones y naciones.

El Cantar de Mio Cid es la obra señera de la literatura épica medieval española. Seguramente, la compuso, según señalan algunos entre los que se excluye don Ramón Menéndez Pidal, un tal Per Abbat; en 1207. Per Abbat sería el autor; al menos compartiría esta faceta con la de transcriptor, la única de la que se habla en el *Cantar*. La obra debió redactarse en tierras turolenses con la finalidad de montar un estado de opinión, una conciencia colectiva, un espíritu que convenciese a los turolenses de que la conquista de Valencia era una tarea sencilla y, sobre todo, sustanciosa.

En Valencia, como en cualquier tierra de moros, se podía uno enriquecer de la noche a la mañana, como lo había hecho *El Cid* o como lo había hecho Juan Martínez de Marcilla, *el Amante de Teruel*. *El Cantar de Mio Cid* tendría, pues, una razón motivadora, propagandística. También la tendrán, algunos años después pro-

paganda de monasterios para recibir masivas afluencias de peregrinos y de visitantes benefactores—, ciertas obras del Mester de Clerecía, como las de Gonzalo de Berceo. De cualquier forma, el éxito de *El Cantar* es tal que Teruel se convierte, muerto *El Cid*, desde 1226, en base de operaciones de los ejércitos de Jaime I para reconquistar Valencia. Un cometido que se verá cumplido en 1238.

Rodrigo Díaz es un personaje que pertenece a la literatura universal. Su peripecia vital se encuentra plasmada en *El Cantar de Mio Cid*, aunque el autor aplique aquí, como nos señala Alberto Montaner, la técnica de la simplificación de los datos biográficos. Una técnica esta última que consiste, por ejemplo, en reducir a uno de los destierros que, en realidad, padeció el héroe. De ese modo, el autor funde elementos ligados al primer destierro (su posible presencia en el valle del Jalón) con datos que se refieren al segundo destierro (estancia en el valle del Jiloca y en el alto M a e s -trazgo).

El Cantar de Mio Cid es un poema épico que consta de 3.730 versos, divididos en tres partes: “El Destierro”, “Las Bodas” y “La Afrenta de Corpes”. En él faltan unos veinte versos, prosificados en la *Primera Crónica General*. Y esto último es así si no olvidamos el consustancial realismo de la épica castellana, una característica totalmente antagónica a la fantasía de la épica francesa. Por ese realismo que entraña *El Cantar* nos topamos con un aval infalible que propicia la conversión de la épica hispana en indubitada fuente histórica, aunque, con frecuencia, estuviese entreverada de algunas dosis de poesía.

Por eso lo que se cuenta en *El Cantar de Mio Cid* no es rigurosamente histórico, antes bien se tratan de episodios literarios, aunque éstos últimos tengan una base histórica.

COMIENZA EL CAMINO

Llegados a este punto, anunciaremos que empieza la canción de gesta. Y así encontramos *El Cid* saliendo de su pueblo Vivar. La causa ha sido sus enemigos, pertenecientes los felones a la alta nobleza, casta que acusa a nuestro héroe nada menos que de ladrón. Sin embargo, *El Cid* es, según nos narra Ramón Menéndez Pidal, un personaje notable por sus combates con los moros de Graus; y es el príncipe o alférez de Castilla, el que lleva la enseña real, aquél que toma parte en un juicio de Dios para dirimir problemas de fronteras contra Jimeno Garcés, un navarro al que vencerá. Con veintitrés años ya se le apoda *Campeador*. y, en latín, se compone hacia 1190, por parte de algún monje, un poema que canta sus hazañas; un himno, por cierto, escrito en tierras aragonesas y que lleva por título *Carmen Campidoctoris*.

Vivar es un pueblecito de Burgos. A este último lugar se dirige *El Cid*, una ciudad en donde nadie lo hospeda por miedo a Alfonso VI, el rey que había desterrado, a instancias de los mestureros, al noble castellano, un rey que amenaza con severas penas a todos aquellos que osen auxiliario. Acampa de el *Campeador* en la glera del río Arlanzón donde lo abastece Martín Antolínez, uno de los principales personajes de *El Cantar*. Y lo hace con pan y vino. Es el mismo personaje que engaña, de acuer-

do con uno de los episodios más jocosos de la obra, a los judíos Raquel y Vidas a los que entrega seiscientos marcos contra depósito de dos arcas llenas de arena, un pacto sellado con un apretón de manos, estableciendo un año de plazo para saldar la deuda.

Posteriormente, *El Cid* se traslada al Monasterio de San Pedro de Cardena y se despidе patéticamente, tal como nos lo hace saber el autor de *El Cantar* a través de una certera comparación, de su esposa Jimena, por cierto sobrina de Alfonso VI y bisnieta de Alfonso V de León, y de sus hijas, doña Elvira y doña Sol. *El Cid* y sus guerreros se dirigen a Espinar de Can y atraviesan el Duero por Navapalos. Asimismo, penetran en el reino moro de Toledo, atacando Castejón de Henares y realizando correrías por Guadalajara.

EN TIERRAS DE ARAGÓN

Con sus mesnadas, por el río Henares, *el Campeador* penetra en Aragón. En el texto de *El Cantar* nos encontramos con topónimos tan familiares como Ariza, Cetina, Alhama, Bubierca, Ateca, así como Alcázar, lugar que termina conquistando al mismo tiempo que imponiendo parias al citado de Ateca, amén de Terror y de Calatayud.

Impactan las conquistas cidianas en cualquier lugar adonde llegan noticias de ellas. Desde tierras valencianas, el rey Tamín, personaje ficticio como casi todos musulmanes que aparecen en la obra, acude en auxilio de los moros de Alcázar. Y lo hace con un numeroso ejército. El trayecto que media entre sus dominios y las tierras en las que batalla en ese momento *El Cid* lo recorre en tres etapas: Segorbe, Cella "la del Canal" y Calatayud: "Tres mil moros cavalgan e piensan de andar, / ello vinieron a la noche en Segorbe posar. / Otro día mañana piensan de cavalgar, / vinieron a la noche a Çelfa posar;...".

El auxilio prestado a los moros zaragozanos por el rey Tamín tiene lugar como consecuencia del mensaje que envían los de Ateca, Terror y Calatayud al conocido rey moro de Valencia. Mensaje en el que le advierten de las funestas consecuencias que acarreará el no detener las conquistas del Cid. Asimismo, en la misiva ya aparecen mencionadas las tierras del Jiloca, unos parajes que serán tan cruciales en *El Cantar* a partir de ese momento: "Si non das conseio, a Teca e a Terror perderás, / perderás Calatayut, que non puede escapar, / rribera de Salón toda irá a mal, / assí ferá lo de Siloca, que es del otra part;...".

Además de Tamín, rey de Valencia, en auxilio de los moros de Alcázar también acuden los reyes moros Fariz y Galve. Pero *El Cid* es un guerrero valeroso, como tantas veces se pone de manifiesto en el Poema, y que, además, goza de protección divina. Por eso el noble castellano los vencerá a todos. Conquistador Alcázar, don Rodrigo Díaz de Vivar termina vendiendo la población a los moros. Lo hace por la nada despreciable cifra de tres mil marcos de plata.

Tales son la bondad y caballerosidad del héroe castellano que los moros de Alcázar lamentan su partida cuando éste se dirige a lo que, con los siglos, se convertirá en un montículo famoso. El lugar se denomina El Poyo, que está situado sobre Monreal ("í fincó en un poyo que es sobre Mont Real..."), poniendo en parias a los

sarracenos de Daroca. En otro verso se dice: "... alto es el poyo, maravilloso e grant...". Este montículo famoso es conocido en la actualidad como el Cerro de San Esteban, un antiguo asentamiento celta, de un pueblo tan vinculado a este territorio, sobre todo al entorno de la laguna de Gallocanta.

Un crítico y estudioso de la literatura, Jules Horrent, ha comentado que son ciertos los calificativos que el autor de *El Cantar* atribuye a esta población de la ribera del Jiloca. Sin embargo, añade el citado investigador, que se trata de cualidades poco significativas, por ser tópicas. Para Horrent tienen más interés, por ejemplo, las observaciones que el autor del *Poema* hace sobre Monreal o sobre la zona del río Martín.

Es en el Cerro de San Esteban, en El Poyo, en donde *El Cid* estableció su campamento. Desde allí el *Campeador* iniciará la campaña contra las diferentes villas moras del Jiloca, algunas de las cuales, como las de Las Cuevas, en la actual población de Caminreal, como reza la tradición popular, quedarán destruidas. Desde ese momento, el nombre de *El Cid* permanecerá unido para siempre a este lugar. El Poyo. Así nos lo hace saber el autor del *Poema* cuando nos lo anuncia con cierto tono profético: "Quiero vos dezir del que en buen ora nasco e çinxo espada / Aquel poyo, en él priso posada, mientra que sea el pueblo de moros e la yente christiana / El Poyo de Mío Çid assil' dirán por carta". De hecho la localidad ya aparece con ese nombre en el rancio y antiguo Fuero de Molina.

Desde El Poyo, donde El Cid monta su cuartel general, las huestes del Cid recorren toda la cuenca del río Martín, penetrando en sus respectivas villas: "Estando allí, mucha tierra preava, / el río de Martín todo lo metió en paria". Podemos suponer, pues, que *El Cid* anduvo por los términos de Oliete, Alcaine, Alacón y Albalate, entre otros. Aunque, llegado este momento, no está de más advertir que ciertas incoherencias geográficas aparecerán en *El Cantar*, algo perfectamente comprensible en un poema épico en el que se entrelazan historia y poesía.

De ese modo, cuando el *Campeador* abandona El Poyo "... dexo El Poyo, todo lo desenperava, / allén de Teruel, don Rodrigo passava,...", comienza la incoherencia cuando se dice que "a Saragoça metuda la a en paria". Y es que resulta más racional entender— y así nos lo hace saber A. Ubieto— que se trata del sometimiento de Calamocha y no el de Zaragoza.

La confusión continúa para los lectores actuales y para los oyentes de hogaño un poco más adelante. Pues, según el texto, es, "en el pinar de Tévar", en el lugar en el que don Rodrigo establece su campamento, un paraje que ciertos intérpretes sitúan cerca de Calamocha y que otros, como Menéndez Pidal, ubican en las cercanías de la población bajoaragonesa de Monroyo.

En cualquier caso, sabemos por la Historia Rodicieri, citada por Martín Almagro, que el *Campeador* se fortificó en Calamocha con un grueso ejército de siete mil hombres. De hecho, fue en este lugar en el que celebró la Pascua de Pentecostés, concretamente el veinte de mayo de 1089.

Abén Meruán Abdelmélíc Ben Hudail, un reyezuelo que dirigió el señorío de Albarracín entre los años 1045 y 1103, mandó mensajeros a tierras calamochinas



que, por cierto, pertenecían a la Sahla de los Ben Razín, con el fin de conocer los motivos que impulsaban a *El Cid* a permanecer en sus dominios. También sabemos que en El Poyo, Abdelmélíc, un personaje curioso, con aficiones poéticas, y el mismo Cid mantuvieron una entrevista. De hecho, acordaron ambos caudillos que el de Albarracín le pagaría al cristiano diez mil dinares para que el castellano lo dejara tranquilo. Aunque lo cierto sería que los ejércitos del cristiano y del moro llegarían a enfrentarse en más de una ocasión. Por poner un ejemplo, sabemos que, en una refriega que tuvo lugar en 1093, *El Cid* acabó herido de una lanzada que los sarracenos le propinaron en el cuello. Pero lo cierto es que, al final de una y otra escaramuza, Abdelmélíc terminó sucumbiendo al vasallaje cidiano.

Nos sigue narrando *El Cantar* cómo desde su cuartel, levantado como ya dijimos en el Pinar de Tévar, *El Cid* realiza una incursión por tierras de Alcañiz. Algunos ver-

sos son ilustrativos al respecto: “Non lo tardó el que en buena ora nasco, / tierras d'Alcañiz negras las va parando / e aderredor todo lo va preando; / al terçer día don ixo, í es tornado”.

Recorren, pues, *El Cid* y los suyos las tierras negras de Alcañiz, como así las llama el autor del *Cantar*. Además lo hace con bastante propiedad y conocimiento, ya que no está de más recordar, por ejemplo, el topónimo de Puigmoreno, topónimo que viene a designar un monte de color negruzco. Asimismo, los ejércitos cidianos, según nos refiere el texto del cantar de gesta, terminarán acosando a los habitantes de Monforte (de Moyuela) y de Huesa del Común, nombres de lugar que parecen más coherentes que los de Monzón y Huesca como se han interpretado por ciertos estudiosos los primeros por puros errores de transcripción.

Las huestes cidianas, una vez que han saqueado las tierras bajas turolenses, muy contentas con sus ganancias, regresan a su posada. El campamento, ya lo señalamos en su momento, se encuentra en el Pinar del Tévar y no el El Poyo como pensó, en su día, don Ramón Menéndez Pidal. Y esto es así por la sencilla razón de que esta población de la ribera del Jiloca la había abandonado el *Campeador* anteriormente. Como abandonará también posteriormente, el Pinar de Tévar con el fin de trasladarse a un nuevo lugar: “Entonçes se mudó de *El Çid* al puerto de Alucant, / dent corre Mio Çid a Huesa e a Mont Alván; / en aquessa corrida diez días ovieron a morar”.

Nos encontramos, pues, en Alucant, un enclave desde el que las huestes cidianas saquean las villas de Huesa y de Montalbán. El lugar ha sido situado por Menéndez Pidal, siguiendo el Fuero de Molina, en las cercanías de la actual Laguna de Gallocanta, aunque tampoco sería descabellado pensar que Alucant, por su proximidad con Huesa y Montalbán, pudiera relacionarse con Alacón, punto éste de populosa morería en el que, según nos cuenta Martín Almagro, el vasallo de *El Cid*, Abdelmélíc, sufrió un atentado que, por las curiosidades que encierra y sus connotaciones legendarias, no está de más, en estas líneas recordarlo.

Y es que en Adakún, lugar que, como acabamos de decir, muy bien podríamos identificar con el Alucant de *El Cantar*, gobernaba como alcaide Obaidalá, cuñado del citado Abdelmélíc. Se cuenta, en una narración con ciertos componentes históricos y legendarios, que, en cierta ocasión, Obaidalá invitó a su señor, el rey de Albarracín.

Advirtamos, antes de seguir con el relato, que la figura de Abdelmélíc ha sido tachada por sus biógrafos de diferentes maneras. Poetas como Aben al-Abbar o Aben Hayyán han calificado a este reyezuelo de perverso y desvergonzado, difamador y embustero, tacaño y duro. Otros biógrafos, por el contrario, lo juzgaron como impulsivo, pero amante de la justicia. Asimismo, de él dijeron que fue amante de debates y reuniones, departidor amigable con sus soldados, mecenas de poetas a los que parece ser que reunía en la *Munyat Aluyún* (Villa de las Fuentes), una finca de recreo del Señor de Albarracín donde se cantaba, se bebía y se bailaba, así como se improvisaban versos destinados a halagar la belleza de los jardines y la hospitalidad del anfitrión.

Retomando la historia, añadiremos que en la reunión que tuvo lugar con su cuñado, el citado alcaide de Adakún, Abdelmélíc bebió mucho vino, seguramente melado

ya que así solían tomarlo los hijos de Alá, una bebida, dicho de paso, por la que suspiraba el rey a pesar de su creencia mahometana.

Los hombres de Obaidalá aprovecharon la embriaguez del Señor de Albarracín para apuñalarle. Y lo hicieron con tanto ensañamiento que llegaron a desfigurarle la cara y otras partes de su cuerpo. Pero, en el hampesco empeño, no lograron, sin embargo, acabar con su vida. La hermana de Abdelmélíc, esposa de Obaidalá, impidió su muerte profiriendo tremendos gritos de auxilio.

Los soldados de Albarracín, que descansaban muy cerca de donde estaban sucediendo las macabras fechorías, acudieron en ayuda de su señor y lograron salvarlo. Abdelmélíc, a pesar de la gravedad de sus heridas, aún tuvo fuerzas para ordenar que no mataran a su cuñado ni al hijo de éste, su sobrino, que también había participado en la conspiración y en el atentado.

Repuesto el *Señor de Albarracín*, maquinó la venganza. Mandó que a Obaidalá le cortaran las manos y los pies, así como que le vaciaran los ojos y que le crucificasen a la vista de todos. Con respecto a su sobrino, el hijo de su hermana y de Obaidalá, Abdelmélíc se conformó con que le cortaran un pie para que, de ese modo, nunca pudiera perseguirle.

El reinado de Abdelmélíc fue largo. Cincuenta y ocho años gobernó *La Sahla*, la llanura, algunos, como ya apuntamos, bajo vasallaje cidiano. El Señor de Albarracín murió a los ochenta años, un dieciocho de mayo de 1103, cuatro años después de que fuese enterrado El Cid.

No obstante, retomando la temática principal de este escrito, queda, pues, como mera hipótesis la identificación de Adakún como el Alucant que menciona *El Cantar de Mio Cid*.

Y es, en este momento, cuando el conde de Barcelona se entera de que las huestes cidianas le están saqueando sus tierras. Decide por ello castigar al héroe castellano. Nada puede impedir que *El Cid* y Ramón Berenguer II se enfrenten en el Pinar de Tévar. Se trata éste, como tantos otros que aparecen en el cantar de gesta, de un hecho histórico que debió acontecer hacia 1190. El conde catalán cayó prisionero y *El Cid* consiguió, en los parajes turolenses, la espada *Colada*, aquella que, según reza el verso, "... más vale de mil marcos de plata". Todavía, en el Poyo del Cid, encontramos la Fuente de Berenguer, donde, según reza la tradición popular, lavó el conde catalán las heridas sufridas a manos de *El Cid*.

El puerto de Alucant vuelve a aparecer de nuevo al principio del cantar segundo del Poema, concretamente en el verso que dice: "Poblado ha Mio Çid el puerto de Alucant". Un lugar que sigue emparentado a los nombres de Huesa del Común y de Montalbán, como así lo atestigua otro verso: "...e dexadó á Huesa e las tierras de Mont Alván". Un Alucant, en este caso, identificado, por Ian Michael, con Olocau, al lado de Liria; identificado con Olocau del Rey, cerca de Morella, por el maestro Menéndez Pidal; e identificado como Gallocanta, por otro de los grandes estudiosos de la toponimia del Poema del Mio Cid, don Manuel Críado de Val.

Sin embargo, a la luz de los versos siguientes en los que se informa como «Contra la mar salada conpeço de guerrear...» y que el *Campeador* gana Jérica,

Onda, Almenara y Burriana, cobra fuerza la hipótesis que identifica Alucant con el Olocau de tierras valencianas.

MIRANDO AL MAR

Los siguientes versos narran la toma de otras tierras valencianas, tierras que tienen nombre propio como el de Sagunto, Murviedro en *El Cantar*. Un lugar éste último del que se dice que *El Cid* sale "...una noche en trasnochada" y, en el verso 1186, que "amaneçio, a Mio Çid en tierras de Mon Real...". Una jornada, por cierto, que, dicho sea de paso, resulta imposible puesto que Monreal se encuentra de Murviedro a una distancia de 178 kilómetros. Y un destino también a todas luces imposible, ya que, como nos informan historiadores aragoneses solventes como el citado A. Ubieto, para el que sería un anacronismo o un ucronismo más de los muchos que abundan en el *Poema*, o como sería el caso de José María Lacarra, Monreal era una población fantasma, ya que no existía en la época del Cid.

Tendríamos que esperar a la aparición de Alfonso el Batallador para que hiciese posible la repoblación de la ribera del Jiloca, hasta el lugar de Cella. Y consta que fue, asimismo, este monarca quien hacia 1124 organizó una milicia en Monreal, un cuerpo guerrero-religioso del que él se consideró un caballero más. Se trataba de una milicia análoga a otra fundada por el mismo rey aragonés en Belchite y a la manera de la de Jerusalén. Su nombre era la *Militia Christi de Mont Real* –morada del rey celesial–, establecida por consejo de uno de los caballeros más importantes del reinado de Alfonso el Batallador, Gastón de Bearn.

De cualquier modo, *El Cid*, como nos cuenta *El Cantar* de forma poco verosímil, se plantó desde Sagunto en Monreal. Desde allí envía mensajes por Aragón, Navarra y Castilla. Transmite en ellos el espíritu de la frontera, el espíritu de cruzada y de reconquista en el que tanto insiste el historiador Ubieto: "... Por Aragón e por Navarra pregón mandó echar, / a tierras de Castilla enbió sus mensaies: quien quiere perder cueta e venir a rritad, / viniesse a Mio Çid que á sabor de cavalgar, / çercar quiere a Valençia por a christianos la dar".

Como podemos comprobar, pues, el pregón de lo heraldos es claro, lo mismo que lo es el lugar de la convocatoria: "Quien quiere ir conmigo çercar a Valençia, / todos vengan de grado, ninguno non ha premia, / tres días le speraré en Canal de Çelfa".

Tras nueve meses, como si de un parto humano se tratara, de cercar Valencia con gentes también aragonesas, la ciudad se rinde. Hay repartos del botín obtenido. Asimismo, el *Campeador* decide dejar crecer su barba hasta tanto haga las paces con el rey Alfonso. El anhelado deseo se cumple pronto. La paz entre rey y vasallo propicia que la mujer y las hijas del Cid puedan abandonar Cardeña y que, en cinco días, puedan llegar a Medinaceli, enclave en donde se juntarán con una embajada enviada por el nuevo Señor de Valencia.

Todos, tanto los que vienen de tierras castellanas como los que llegan de tierras valencianas, regresan por donde había transitado la embajada cidiana, por conocidos

puntos de nuestra provincia. Lugares como Santa María de Albarracín o como Bronchales, sitio éste último en el que todavía hoy existe la casa, según reza la tradición popular, en la que durmieron la esposa y las hijas de *El Cid*. El texto nos ilustra: “Troçieron a Sancta María e vinieron albergar a Frontael / e el otro día vinieron a Molina posar...”. En Molina, siempre los agasaja Abengalbón (“... mio amigo es de paz”), el moro amigo del Cid, de este noble castellano considerado mozárabe por estudiosos de prestigio. Precisamente, el antropónimo árabe del señor de Molina ha sido relacionado por algún lingüista con el topónimo turolense de Puertomingalvo, el Puerto de Abengalbón.

La comitiva castellana llega, por fin, tras atravesar los parajes turolenses, a la tierra baja de Valencia. El canto segundo del Poema acaba, una vez perdonado *El Cid* por el rey Alfonso y recuperada su honra –ya que no está de más recordar que el noble castellano había sido expulsado de su tierra, víctima de los hombres malos y mestureros, por ladrón–, el canto segundo, reiteramos, acaba con las bodas de las hijas de don Rodrigo Díaz de Vivar, Elvira y Sol, llamadas en realidad Cristina y María, bodas llevadas a cabo con los Infantes de Carrión, en medio de esplendurosos fastos que duran la friolera de quince días.

En el canto tercero, encontramos al rey musulmán Búcar atacando a las tropas cristianas. Lo hace con el deseo de recuperar Valencia. El antropónimo árabe, Búcar, se relaciona de nuevo con un topónimo turolense. Cerca de Villar del Cobo se encuentran las Casas de Búcar, en torno a las que se cuentan una serie de historias de brujas y de almas de aparecidos. En la confrontación entre las tropas cristianas y las sarracenas, los yernos del Cid, los Infantes de Carrión, sienten miedo y, una vez más, como ocurre en otras ocasiones a lo largo de *El Cantar*, quedan en ridículo ante los soldados cidianos. Por su cobardía estos nobles castellanos serán reprendidos por su suegro. El rey Búcar muere, finalmente, a manos de *El Cid*. Fruto del botín, esta vez obtiene nuestro héroe la espada *Tizona*.

OTRA VEZ LAS TIERRAS TUROLENSES

Los Infantes de Carrión y sus mujeres, autorizados por El Cid, parten de Valencia camino de sus posesiones castellanas. La comitiva atraviesa, de nuevo, las rojizas tierras turolenses. Se cita una vez más, en el texto del *Cantar*, Santa María de Albarracín, un lugar en donde se dice que descansan los parientes de *El Cid*: “... Como la uña de la carne ellos partidos son, / yas' tornó pora Valençia el que en buena ora nasció. / Piénsanse de ir los ifantes de Carrión, / por Sancta María d'Alvarrazín fazían la posada...”.

Continúan el camino por Molina. Allí, los malvados yernos de el *Campeador* conciben la idea de matar al caballero Abengalbón, moro de paz como dijimos, y apoderarse de sus riquezas. El moro los escolta rumbo a Medinaceli y decide perdonarlos, aun conociendo sus criminales intenciones; todo ello por lealtad a *El Cid*. Pronto tendrá lugar la mezquina venganza que los infantes llevan a cabo en las carnes de las hijas de el *Campeador*. Es el momento conocido en *El Cantar* como la “Afrenta de Corpes”.

EL AUTOR Y LA FECHA DE *EL CANTAR DE MIO CID*

Sobre 1957, el historiador aragonés A. Ubieta publica unas observaciones, a las que más adelante nos referiremos, sobre *El Cantar de Mio Cid*. Contradicen ciertas tesis sostenidas por el más prestigioso estudioso de la literatura medieval española, R. Menéndez Pidal. Este último erudito había señalado en 1961, con respecto a *El Cantar*, dos autores sorianos en vez de uno apuntado en anteriores ocasiones. Uno sería cierto juglar de Medinaceli; el otro, un juglar vinculado a San Esteban de Gormaz. Ambas, poblaciones sorianas y, por tanto, castellanas.

Con respecto a la fecha de composición de *El Cantar*, para su datación, Ubieta recurre a la búsqueda de anacronismos dentro del Poema, como el que ya citamos de la mención de la inexistente población de Monreal. Con ello intenta el investigador aragonés demostrar que el poema épico no se compuso, tan sólo unos años después de la muerte de *El Cid*, concretamente entre 1140 y 1150 como sostenía Menéndez Pidal.

Y es que el erudito aragonés defiende la tesis de que la composición de la canción de gesta es verdaderamente posterior a 1102. Entre otras cosas, porque Medinaceli siempre consta, en el texto del *Cantar*, como ciudad cristiana y, sin embargo, resulta que fue conquistada a los moros por Alfonso VI ese mismo año. La composición, para Ubieta, también sería posterior a 1127. El texto hace alusión a Çelfa la del Canal, repoblada ese año por Alfonso I el Batallador. Y la composición es posterior a muchos nombres y hechos, tales como, por ejemplo, que las tierras de Huesa y de Montalbán, en la época de *El Cid*, no pertenecieron al conde de Barcelona, como así se atestigua en el Poema.

La composición del Poema del Mio Cid es, asimismo, posterior a 1164. El verso 337 contiene una alusión a los Reyes Magos, a un culto que se extiende por Europa a partir de 1158 cuando sus supuestos cuerpos se descubren en Milán, aunque Menéndez Pidal diga al respecto que la citada mención no es sino una interpolación posterior. Y, por fin, la composición de *El Cantar* es más tardía a tácticas guerreras, cortes, costumbres y otros usos y elementos que se mencionan en el texto.

Al final del más importante cantar de gesta llegamos al conocido como explicit: "Quien escribió este libro dél Dios parayso, amén. / Per Abbat le escribió en el mes de mayo, / en era de mill e CC.XL. V años. El *Cantar* sería, pues, escrito por Per Abbat el mes de mayo de 1207, obviando el cómputo juliano. No desapareció, por tanto, una C del código como señaló Menéndez Pidal para atribuir la función copiadora a Per Abbat en 1307. Y no se trata tampoco de reputar al misterioso Per Abbat como un autor transcriptor como también señaló don Ramón Menéndez Pidal. Ninguna arruga tapó la C como, en su día, sostuvo el apasionado castellanocentrista. La arruga siempre existió, como dijo Ubieta, y sobre ella nunca se pudo escribir.

Asimismo, Menéndez Pidal también añade a sus aportaciones sobre el conocimiento literario cidiano que el autor y luego autores del Poema de Mio Cid están condicionados por la geografía que mejor conocen: los alrededores de Medinaceli y de San Esteban de Gormaz, lo que explicaría, en parte, la castellanidad del Poema. Insistimos, una vez más, en la idea de que el noventayochista Menéndez Pidal es inmisericorde castellano-centrista.

Ante esta tesis. A Ubieto acepta la rotunda evidencia que del texto se desprende: el nutrido conocimiento de la geografía citada. Pero también es verdad y resulta, asimismo, evidente que da la casualidad de que la mitad de los lugares relacionados con Medinaceli y que aparecen en *El Cantar* no existen, lo que demuestra que el autor no conoce tan bien las tierras sorianas como cree don Ramón.

También resulta palpable que el autor no conoce la cuenca del río Martín, ya que confunde Huesca con Huesa y Terrer con Teruel. Sí conoce, sin embargo, porque no se equivoca, las tierras sitas entre Teruel y Albarracín, así como la cuenca del Jiloca. Todo lo cual lleva a señalar, así lo hace Ubieto, a un autor aragonés y, más concretamente, turolense, como el creador de *El Cantar*. El aragonesismo de la canción de gesta se refuerza con alusiones a instituciones y conceptos aragoneses que son más aragoneses que castellanos.

Por ejemplo, cuando *El Cid* sale a recibir a Jimena se alude a “cosso”. Se trata de un concepto interpretado por algunos como sinónimo de carrera. Un hecho que carece de sentido, según señala Ubieto. Porque más sentido tiene, sin embargo, considerarlo como zona situada fuera, pero junto, a las murallas de la ciudad. Coso hay, entre otros lugares aragoneses, en Zaragoza, Jaca, Huesca, Ejea o Cella. Con el transcurso del tiempo, coso pasará a designar la calle principal.

Por su parte, la palabra “corcas”, que aparece en otro verso de *El Cantar*, es utilizada en muchas zonas de Teruel. Su significante se relaciona con el significado que hace referencia al gusano que produce la carcoma de la madera. Y es que voces aragonesas, concluye A. Ubieto, hay muchas en el cantar de gesta cidiano. “Abueltas” significa, por poner un ejemplo: conjuntamente, *in solidum*.

Abundando más en el aragonesismo, no olvidaremos que, en el Poema de *El Cid*, encontramos hasta cuatro personajes ficticios: Tamín, Fariz, Galve y Búcar. Los tres últimos son topónimos aragoneses; el primero, probablemente, también lo es. Fariz puede designar la población de Ariza. Galve es un pueblo de Teruel, hoy famoso por su riqueza paleontológica como demuestran los restos de dinosaurios allí encontrados. Búcar es, como ya dijimos, una casa de Villar del Cobo. Falta sólo explicar el origen de Tamín.

Al citado Per Abbat atribuye Ubieto la autoría que no la función copista del Poema. Aunque también pudiera ser que el clérigo redactase o actualizase un texto anterior de *El Cantar*.

Per Abbat debió de ser hombre de leyes por los conocimientos de esta materia que aparecen plasmados en el texto. La tesis del autor jurista la defiende el mismo Ubieto, así como Colin Smith, investigador al que debemos importantes aportaciones a la ciencia cidiana y una magnífica edición del Poema del Mio Cid.

Para conocer algo más del autor turolense, sabemos que, en el año 1195, el rey Alfonso II hizo donación de la heredad denominada Villar del Salce a los monjes y al monasterio de Nuestra Señora de Piedra. No se trata del pueblo turolense, aunque su hombre tenga relación. Se trata de una finca situada entre Santa Eulalia del Campo y Cella. Unos años después de este hecho, concretamente el día 22 de julio de 1228, estando en Cella, los clérigos y cabildo de este lugar que alumbró al Jiloca

convenían con Jimeno, abad del Monasterio de Piedra, el reparto de bienes. Entre los clérigos de Cella aparecen: “D. Iohannis et P. Abbat et P. Sancii et Addam presbiteri”.

Ahora bien, una inmensa duda, llegados a este punto, puede llegar a embargar-nos, ¿Cómo puede ser que este clérigo cellano, Per Abbat, llegase a poseer conocimientos tan estimables de la geografía castellana? Ubieto, como en otras muchas ocasiones, trata de ofrecernos una respuesta a este hecho. Explica el estudioso que el tal Per Abbat pudo enrolarse en el cuerpo de algún ejército de Pedro II de los que fueron a Castilla –concretamente, los ejércitos aragoneses fueron en dos ocasiones, en 1196 y 1197–. Las expediciones tenían como principal cometido ayudar al rey castellano Alfonso VIII en sus pendencias contra Alfonso IX de León.

No está de más señalar que los ejércitos estaban mandados por Fernando Ruiz de Azagra, a la sazón Señor de Albarracín. El camino lógico por donde debían transitar desde Albarracín-Teruel hasta Castilla era a través de Albarracín, Bronchales, Molina, Medinaceli, San Esteban de Gormaz, para concluir, finalmente, en Palencia y Valladolid. Un itinerario éste, en definitiva, que se refleja perfectamente a lo largo del texto de *El Cantar*.

De ese modo, las inexactitudes de la zona de San Esteban de Gormaz que aparecen en el cantar de gesta y la simpatía que muestra el autor por las “buenas gentes” de esa población se convertirían en un grato recuerdo de una expedición guerrera en la que, seguramente, debió de participar el clérigo cellano Per Abbat.

Hoy, al cabo de los años, cuando se cumplen más de novecientos desde aquél de su muerte, *El Cid* sigue ganando batallas después de muerto. Para los turolenses *El Campeador* no murió, ni mucho menos, el diez de julio de 1099, cuando contaba cincuenta y seis años. Su recuerdo todavía sigue vivo y presente entre nosotros.

LA LEYENDA

En el castillo de Peracense, aunque no lo recuerdan los habitantes actuales de esta población aledaña a la Serranía de Albarracín, siempre ha habido constancia de la existencia del *Pesebre de Babieca*, alusión sentimental al caballo del héroe. Un topónimo como es la *Peña del Cid* lo encontramos tanto en Montalbán como en Libros. Y en Calanda existe un puente, un portal y una pota con denominación cidiana. Esta última, la *Pota del Cid*, tiene su origen en un curioso relato que traemos a colación.

Cuentan que, en una de sus incursiones a feudos de moros, el noble castellano se vio envuelto en una persecución y sus pasos lo condujeron a Calanda. En su huida, no le quedó otro remedio a *El Cid* que saltar con su caballo un arroyo cuyo volumen de agua había crecido notablemente a causa de una serie de lluvias torrenciales. Una huella del caballo quedó visible en una roca. Es la conocida, desde entonces, como la *Pota del Cid*.

Cerca de La Iglesuela del Cid, otro topónimo cidiano como lo es El Poyo del Cid, reza también la tradición popular, el héroe castellano fundó un poblado llamado Torrenublos. En cierta ocasión, las tropas cristianas se enfrentaron en aquella zona a

un poderoso ejército sarraceno. La derrota de las primeras, capitaneadas por *El Cid*, estaba a punto de consumarse. Pero el milagro se produjo cuando las huestes cristianas gritaron el consabido ¡Santiago y cierra España! De inmediato, los cristianos contaron con la ayuda del Apóstol que apareció en medio de la batalla, sobre la Peña del Morrón, montado en un hermoso caballo blanco, mostrando la Cruz de San Jorge también sobre un estandarte blanco. Un salto condujo al apóstol desde la peña hasta la explanada en la que tenía lugar la batalla. Por el peso del caballo y del jinete una huella del primero quedó marcada sobre una roca. La ayuda del Patrón de España fue determinante para que las tropas cidianas alcanzasen la victoria.

Asimismo, la figura de *El Cid* anda unida a una virgen que goza de gran devoción en La Iglesuela. Se trata de la Virgen del Cid. La venerable imagen está tallada en madera de sabina. Pero cuentan los habitantes de aquellos parajes del Maestrazgo que tuvo que ser el mismo Cid, porque nadie era capaz, quien con su espada *Colada*, la que había ganado a Ramón Berenguer II en el Pinar de Tévar, cortase la madera necesaria para tallar tan singular y misteriosa imagen.

La figura cidiana llega a obsesionar a todos los habitantes que moran en tierras turolenses. También, en Alcaine, existe la Solana del Chid. Incluso la figura llega a emparentarse con otras figuras míticas con las que no fue, ni mucho menos, coetánea. De Pedro Ruiz de Azagra, por ejemplo, *Señor de Albarracín* y Vasallo de Santa María, poseedor como *El Cid* de espadas famosas, se cuenta que ayudó a *El Cid* en la conquista de Valencia.

El hecho en cuestión resulta a todas luces imposible, ya que el último señor Razín de Santa María es Yahía Ben Aldelmélic, un personaje que vivió entregado a los placeres y del que, en Rodenas, se cuenta una leyenda en la que, curiosamente, nos lo encontramos casado con una cristiana, hija de un tal Lázaro. Este reyezuelo sarraceno, cuyo reinado apenas duro un año, fue depuesto el día seis de abril de 1104 por el gobernador de Valencia, de una ciudad que ya no pertenecía a *El Cid*, porque éste había muerto cinco años antes. Y es que *El Cid* y don Pedro Ruiz de Azagra, es evidente, no vivieron al mismo tiempo.

Asimismo, de la hija del rey moro de Griegos, población de la Serranía de Albarracín, se cuenta otro hecho maravilloso: llegó a enamorarse, nada menos que de oídas, como se hacía en el contexto del amor cortés, de Rodrigo Díaz de Vivar. No debemos olvidar que, como ya dijera Camón Aznar, *El Cid* es un personaje mozárabe, un cristiano que convive, unas veces en paz y otras en guerra, con los árabes, por lo que es normal que, en sus historias y leyendas, se entrelacen aspectos propios de la cultura árabe como puede ser, en este caso, de la cultura específica que define al amor udrí.

Pero retomando la historia de la hija del rey moro de Griegos, diremos que un día, enterada la hermosa doncella de que el héroe castellano merodeaba por la sierra turolense, decidió dirigirse a una fuente por donde debían pasar las tropas cristianas capitaneadas por el hombre al que más amaba. Sabedor el padre de la doncella de los atrevidos propósitos de su hija, recurrió a un mago para que convirtiese a la muchacha en estrella. De ese modo, el rey moro no perdería a su hija para siempre,

pues podría verla brillar cada noche en medio del cielo que envuelve a la serranía turolense.

Cuentan, sin embargo, que el mago equivocó la fórmula de encantamiento y que la hermosa doncella, cada cien años, recobra su forma humana y aparece sentada en la fuente mientras peina pausadamente su cabello y enloquece a todos los humanos que osan acercarse a ella.

Asimismo, en el contexto cidiano, también se cuenta que cerca de Griegos, en Tramacastilla, existe un barranco en el que puede encontrarse el llamado *Salto de Pero Gil*. Recordemos la fama adquirida por el ya mencionado salto del caballo de Santiago desde la *Peña del Morrón*, así como la fama de la que gozan, en otras latitudes aragonesas, otras memorables huellas. Notable es, por ejemplo, en tierras oscenses, el *Salto de Roldán*.

Pero Gil es un personaje vinculado a *El Cid*, ya que era un escudero suyo. En cierta ocasión, aparece, en los escenarios turolenses, perseguido por unos cuantos jinetes árabes. El camino se corta para el jinete cristiano cuando se encuentra con una foz inmensa. Pero Gil, sin embargo, no duda en agujonear a su caballo y, de un increíble salto, logra plantarse en la otra parte del desfiladero, burlando de ese modo a los moros que lo perseguían.

En tierras de La Iglesuela del Cid, un romance recrea un episodio fantástico de la peripecia vital de nuestro personaje. Lo recoge Carlos Julián Rochela. Narra el poema la hazaña cidiana que consistió en liberar del poder de los moros una imagen de María y las doncellas de la villa de Ateba: "... Después de aquesta batalla / los moros en pleitesía / ante el Cid allí acudieron. / Las cosas que más quería, / las doncellas y la imagen, / también con ellos traían..."

El Cid, siempre *El Cid*. Después de casi un milenio, el héroe sigue con nosotros, presente en esa estatua que preside la entrada de El Poyo, en los hitos de los caminos de herradura, a la vera de barrancos, eternamente unido su nombre al inconciente individual y colectivo de los habitantes de esta tierra.